



## El legado de John Henry Newman para abordar la crisis ética en un contexto de pandemias<sup>1</sup>

The legacy of John Henry Newman to address the ethical crisis in a context of pandemics

Carlos Eduardo de Jesús Sierra Cuartas<sup>2</sup>

**Resumen:** En la medida en la que se revisa con detenimiento la historia de la educación, cabe encontrar intelectuales lúcidos cuyo pensamiento presenta anticipaciones de ideas de la actual Bioética, amén de brindar claves para abordar la crisis ética del presente dado el contexto de pandemias y, en general, de crisis civilizatoria. Un intelectual así, de altos merecimientos, es el cardenal irlandés John Henry Newman, cuya obra sobre la universidad no debe pasarse por alto para la época actual, máxime al haber demostrado que no existe inconmensurabilidad alguna entre ciencia y religión.

**Palabras claves:** Bioética global, principio de responsabilidad, pandemia, John Henry Newman, cultura, universidad.

**Abstract:** To the extent that the history of education is carefully reviewed, it is possible to find lucid intellectuals whose thinking anticipates ideas of current bioethics, in addition to providing keys to address the ethical crisis of the present given the context of pandemics and, in general, of civilizational crisis. Such an intellectual, highly deserved, is the Irish Cardinal John Henry Newman, whose work on the university should not be overlooked for the present time, especially since he has shown that there is no incommensurability between science and religion.

**Keywords:** Global bioethics, principle of responsibility, pandemic, John Henry Newman, culture, university.

---

<sup>1</sup>Artículo basado en el seguimiento hecho por el autor del pensamiento del cardenal John Henry Newman por su pertinencia para el abordaje de la actual crisis ética del mundo.

<sup>2</sup>Magíster en Educación Superior de la Pontificia Universidad Javeriana e Ingeniero Químico de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor Asociado con Tenencia del Cargo de la Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Minas. Miembro de *The New York Academy of Sciences*, *The History of Science Society*, *The British Society for the History of Science*, *The Newcomen Society for the Study of the History of Engineering and Technology* y *The International Committee for the History of Technology*. Así mismo, fue miembro del Consejo Editorial de la Circular de la Red de Astronomía de Colombia (RAC) hasta el momento de su repentina extinción a comienzos de 2019. Además, ha sido *Biographee* de *Marquis Who's Who*, *American Biographical Institute* e *International Biographical Centre*. De otra parte, ex miembro del grupo de investigación Bioethicsgroup, línea Bioética global y complejidad, coordinado desde la Universidad Militar Nueva Granada, Colombia; y ex miembro del Comité de Ética de la Investigación de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Correo electrónico: cesierra48@une.net.co.

### Exordio: Vivimos tiempos difíciles

Desde la antropología filosófica, se sabe que el ser humano es ante todo proyecto. Pero, no en el sentido pobre, gélido y restringido en extremo del mundo actual habida cuenta de una mentalidad crematística y empresarial que lo domina a ultranza. Botón de muestra, si nos damos una pasada por alguna facultad de ingeniería o una firma, salta de inmediato a la vista la pobreza en cuestión a propósito del vocablo “proyecto”, reflejo mismo de una invencible pereza mental. Lo mismo ocurre si curioseamos un poco en un gran almacén dedicado a la venta de herramientas y materiales para la construcción. Empero, estamos ante un vocablo mucho más rico en imágenes dada su polisemia inherente. De ahí la enorme importancia que reviste la antropología filosófica para poner debidamente los puntos sobre las íes. Propiamente, esta disciplina nos dice que el ser humano es proyecto porque siempre es un ser complejo e inacabado, compuesto por un diapasón variopinto de dimensiones, como las de *homo faber* y *homo ludens*, que está en constante búsqueda. Ni siquiera el momento de la muerte significa completitud, a despecho de que alguien pudiera haber disfrutado de una existencia harto longeva.

Si nos fijamos con detenimiento, el arte y la ciencia, que Santiago Ramón y Cajal estimaba como los dos logros del ser humano más dignos de encomio, han surgido precisamente porque los seres humanos somos proyecto. Las más de las veces, los artistas y científicos auténticos son, sobre todo, mentalidades ambiciosas y descontentadizas, mentalidades que aborrecen la machaconería y el achabacamiento, que, a la manera de Sócrates, sólo consideran digna una vida de examen. Por ejemplo, piénsese en los orígenes del género literario del ensayo, cuyos padres son Michel de Montaigne y Francis Bacon, quienes, justamente, lo concibieron como una forma de escritura que reafirma al sujeto en consonancia con el arte de expresar las ideas por excelencia, por lo que, de forma inevitable, un buen ensayo combina arte y ciencia. Sencillamente, como señala con tino Jorge Eliécer Ruiz (1987: 33), las tareas del juicio pueden acometerlas en exclusiva quienes no ponen límites a su curiosidad, a su imaginación, a su deseo de comprender el mundo y el tiempo en



que les ha tocado vivir. Y vaya que esto adquiere mayor relevancia hoy, cuando estamos sumidos en un contexto de pandemias sin final a la vista, a la par que transcurre el cambio climático y que el mundo podría estar *ad portas* de una tercera guerra mundial. Sin duda, vivimos tiempos difíciles, en los cuales todo gran poder exige una gran responsabilidad, todo un imperativo ético categórico.

En estas circunstancias, máxime cuando buena parte de la humanidad carece del modo científico de entender el mundo en clave integral, es menester no perder de vista la pertinencia de pensamientos, de legados intelectuales y éticos, que, sin importar el tiempo que haya transcurrido desde que vieron la luz por primera vez, preservan su esencia de ser luces en medio de la oscuridad. No son pocos los pensadores de esta índole: Iván Illich, Hans Jonas, Van Rensselaer Potter, Margaret Mead, Martha Nussbaum, Rabindranath Tagore, Santiago Ramón y Cajal, Linus Pauling, Carl Sagan, etcétera, etcétera. Empero, por desgracia, no suelen ser figuras muy conocidas, incluso en ámbitos universitarios y académicos.

En la actualidad, como parte de la hostilidad generalizada hacia la Iglesia Católica, vemos que sus intelectuales y pensadores conspicuos suelen desconocerse las más de las veces, cuando no proscribirse, en determinados círculos. Entre estos pensadores de fuste que es menester no pasar por alto dada la gran valía de su legado, ha de considerarse sin duda al cardenal John Henry Newman, en quien podemos encontrar no pocas ideas que hacen las veces de antesala muy temprana de lo que solemos denominar Bioética. No hace mucho tiempo, el científico español César Nombela Cano, cuando fungía como Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, destacaba que el modelo propuesto por Newman mantiene su vigencia, máxime cuando el desafío universitario de nuestro tiempo reside más que nunca en el saber multidisciplinar, al igual que en la combinación de saberes. Y, claro está, los problemas actuales de la Humanidad requieren respuestas desde el conocimiento responsable (Newman, 2014: 9). Y, dicho esto, comienza a percibirse porque el legado del celeberrimo Cardenal ofrece ideas de semblante bioético.

### **Cautelas metodológicas**

En primera instancia, el abordaje de los pensamientos y legados de intelectuales de la Iglesia Católica y del ámbito cristiano en general precisa de la puesta en práctica de lo que Umberto Eco denomina con acierto y sentido común como la humildad científica, esto es, no pasar por alto ninguna fuente de información relacionada con algún tema de investigación, así se trate de un autor o una obra que no figure en las grandes bases de datos o en los fondos de bibliotecas y centros de documentación. Más aún, la humildad científica exige por encima de todo evitar las falsas dicotomías, como, para lo que aquí interesa, la pretendida dicotomía entre ciencia y religión, la cual no resiste un análisis histórico serio y riguroso. De hecho, al pasar una revista detenida a la historia de la ciencia, es fácil apreciar que la mayoría de los científicos que han existido son cristianos. Empero, por desgracia, las universidades laicas suelen fomentar esta falsa dicotomía rayana en la insensatez.

Así las cosas, cuando se tiene claridad en cuanto a que no hay dicotomía real entre ciencia y religión, se abre una inmensa panoplia de obras valiosas de pensadores lúcidos de la Iglesia Católica y otras iglesias cristianas. De facto, el propio Van Rensselaer Potter, padre de la Bioética, jamás dejó de ser un científico cristiano como el que más. En fin, con una perspectiva así en mente, resulta inevitable el deleite y la fruición con el pensamiento lúcido y actual del cardenal John Henry Newman.

### **La enfermedad cultural de nuestro tiempo**

Con este mismo título, existe un libro clave de Johan Huizinga (2007) concebido unos años antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, en pleno auge del nacionalsocialismo. De hecho, fue el desarrollo de una conferencia dada en Bruselas el 8 de marzo de 1935. En general, por su espíritu, parece una obra escrita para el momento actual, puesto que los problemas ahí abordados no sólo no han desaparecido, sino que han crecido sobremanera. Si lo decimos a la manera de Sócrates, estamos sumidos, como en los tiempos de Huizinga, en una crisis civilizatoria



caracterizada por la evanescencia del pensamiento crítico, de la práctica ausencia de vidas de examen. El oscurantismo hace de las suyas, jamás duerme.

Resulta llamativo que Huizinga estimaba que el ámbito de la ciencia es el que mejor se presta para iniciar la descripción de los fenómenos propios de la crisis en la cultura. Sin duda, esto es crucial para nuestro tiempo habida cuenta de que la práctica ausencia del modo científico de entender el mundo en el grueso de la población entraña por fuerza grandes obstáculos para la asimilación de las ideas propias de la Bioética por parte de ésta. En los tiempos de Huizinga, a fuer de la renovación constante de la ciencia, de sus avances acelerados, no ha sido posible la precipitación de ésta en forma de cultura. En otras palabras, el grueso de la población, con conocimientos tecnocientíficos precarios o nulos, no está en posición de asimilar y comprender los logros de la ciencia actual. Entre tantos ejemplos representativos a este respecto, pueden señalarse el segundo principio de la Termodinámica, la teoría de la evolución, la teoría de la relatividad y la física cuántica. Incluso, esto no es tan sólo aplicable a las personas incultas y ágrafas en materia tecnocientífica por cuanto, también, hay una incultura similar entre muchas personas con titulaciones universitarias. En palabras de Huizinga: “Y al mismo tiempo que la ciencia ahonda cada día más profundamente y analiza más minuciosamente la realidad, diríase, en cambio, que las bases de nuestra vida intelectual se hallan cada vez más conmovidas y desquiciadas” (Huizinga, 2007: 55). En otras palabras, la ciencia no sólo llegó hace décadas y décadas a los límites de la capacidad intelectual de la mayor parte de la humanidad, sino que la ha desbordado sobremanera.

Como bien lo percibía Huizinga a la sazón, el profano apenas puede entregarse a la añoranza de la alegre y palpable realidad de antaño, de los tiempos de Maricastaña. Esto es, puede hojear sin angustiarse o desesperarse un libro de Buffon con el fin de distraerse con una imagen sencilla y serena del mundo, seducido por el olor del heno y el trino de los pájaros. Empero, este tipo de ciencia, para nuestro tiempo, ya es poesía e historia. Se han descompuesto las categorías con las que antes se conformaba el pensamiento (Huizinga, 2007: 57-58). En la actualidad, habida cuenta de que, desde el año 2004, se ha detectado una disminución alarmante del desempeño intelectual de

las nuevas generaciones, sobre todo, máxime por ser generaciones hipermasificadas, esta problemática diagnosticada por Huizinga hace casi un siglo adquiere una magnitud mucho mayor. Así las cosas, estamos ante una gran paradoja, a saber: sin la menor duda, el mundo actual, con grandes problemas que lo agobian, como pandemias y el cambio climático, requiere inevitablemente de la tecnociencia en consonancia con la Bioética, un manejo responsable y sabio del gran poder que aquella le da a los seres humanos. No obstante, el grueso de la población, por lo antedicho, está afectada por una merma ostensible de sus capacidades intelectuales. En estas condiciones, a despecho del gran despliegue de tecnociencia en el mundo, su ciudadanía está caracterizada por ser tremendamente acientífica y, de paso, inculta. Vaya paradoja.

Propiamente, esta merma de las capacidades intelectuales que apreciamos en este tiempo tiene que ver con el conflicto de vieja data entre el conocer y el existir, diagnosticado con tino por Huizinga en su época. En otras palabras, se trata del abandono del principio intelectual, de la subordinación del conocimiento a la vida. En todo caso, dicho pensador señala que nuestra civilización, mucho más que en épocas anteriores, ha rechazado el conocer en su sentido más amplio, al punto de abandonar la verdad, la inteligibilidad misma, todo en favor de lo infrarracional, de los apetitos e instintos (Huizinga, 2007: 91-93). Por supuesto, si reparamos con cuidado, esto va de la mano con la dictadura de los relativismos, tanto epistemológicos como axiológicos, a los que asistimos desde hace algunas décadas. Además, recordando a José Ortega y Gasset, cabe reparar en que, para la civilización occidental, se ha magnificado esta paradoja por cuanto, como señalaba el ilustre filósofo español, el hombre europeo, siglos atrás y a diferencia de otras culturas, decidió vivir de su inteligencia. En las actuales circunstancias, no es posible afirmar esto para Occidente.

Hace poco tiempo, ha visto la luz un libro lúcido del filósofo argentino Agustín Laje Arrigoni (2023): *Generación idiota*. Se trata de un libro que pone los puntos sobre las íes acerca del colapso de la inteligencia en nuestro tiempo, con un viso harto dramático para los países latinoamericanos. En sentido estricto, el adjetivo “idiota” del título correspondiente no está puesto en tono de insulto en modo alguno, sino que está referido al sentido otorgado al término desde la antigua Grecia, esto es, el



individuo que no participaba en la vida de la *polis*, prefiriendo quedarse aislado en su casa sin reparar en el mundo para nada. En la época actual, esto significa que el idiota es aquel individuo que, al tener los ojos y la nariz pegados de las insulsas redes sociales, mirando, subiendo y descargando videos de perritos, gatitos y material sicalíptico, entre otras tantas banalidades, carece de la necesaria formación intelectual y política para entender el mundo, sus problemas y sus crisis, sobre todo al ser un individuo que no se formó en la cultura de la lectura de libros. En otras palabras, es un individuo carente del modo científico de entender la realidad. En especial, son las generaciones más jóvenes las que están afectadas en este sentido nefasto. Incluso, se comportan con tenacidad como un enfermo que no quiere una cura.

Y esto no se refiere en exclusiva a los sectores sociales que no han pisado una universidad. Como bien lo sabe todo aquel que se dedica a las arduas e ingratas lides docentes tanto en colegios como en universidades, la merma de las capacidades intelectuales es notoria en los estudiantes actuales, sobre todo del año 2004 a esta parte, salvo por algunas excepciones que validan la regla. Es decir, si un docente quisiese poner un examen como los que acostumbraba a hacer un par de décadas atrás, más exigente, sería mucho menor el número de estudiantes que lograría aprobarlo. Más aún, la insistencia en las aulas en cuanto a asimilar y poner en práctica el modo científico de abordar la realidad, el buen pensamiento crítico, puede conllevar el riesgo de ganarse algún insulto, como, botón de muestra, el de dizque promover “discursos de odio”, o sea, el procaz aparato de censura de tres al cuarto al uso hoy día por parte de una izquierda en crisis irreversible aquí y en Vladivostok.

En fin, ante semejante panorama dantesco, cabe temer con sobrada razón que la ciudadanía de hoy no está preparada para participar en los indispensables y profundos debates bioéticos exigidos por el auge de las nuevas tecnologías, incluida la inteligencia artificial. Al fin y al cabo, la Bioética es, en lo esencial, el conocimiento sobre cómo manejar el conocimiento, justo la forma atinada como la introdujo Van Rensselaer Potter décadas atrás. Por ende, la insensata subordinación actual del conocimiento al mero existir entraña grandes riesgos para la continuidad de la humanidad sobre la Tierra. Bien lo decía Sócrates: la única vida digna de vivir es una

vida de examen, una idea que, en su esencia, la supo expresar con elocuencia Immanuel Kant en su célebre artículo intitulado *¿Qué es la Ilustración?*, a saber: “La Ilustración es la salida del hombre de su minoría de edad. El mismo es culpable de ella. La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando la causa de ella no yace en un defecto del entendimiento, sino en la falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él, sin la conducción de otro. ¡Sapere aude! ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! He aquí la divisa de la Ilustración” (Kant, 1784). Y esto no es cualquier cosa habida cuenta de que el hombre ético por excelencia es el hombre autónomo, condición indispensable para poder actuar con responsabilidad. Naturalmente, la Bioética no se sustrae a esto.

### **Un pensador lúcido cuyo legado permanece incólume y enhiesto**

En pleno siglo XIX, conforme avanzaba y fenecía la Primera Revolución Industrial, dando paso a continuación a la Segunda, madura y florece el pensamiento del cardenal John Henry Newman, valioso de manera especial por sus reflexiones en torno a la institución universitaria, una preocupación que fue central para él con motivo del hecho que, en su Irlanda natal, apenas iban entrando en escena sus primeras universidades. Lo llamativo de tales reflexiones estriba en que Newman concebía con sensatez la universidad como algo general y total, como lugar de la enseñanza del conocimiento universal. En cuanto al papel del conocimiento, el ilustre Cardenal lo concebía como un fin en sí mismo y por sí mismo para fines educativos en sentido estricto. Esto es, el conocimiento como algo extraño frente a cualquier finalidad externa y a cualquier criterio de utilidad, condición necesaria para que el conocimiento sea libre y haga libre a quien lo busca. Más todavía, Newman tenía claro que el conocimiento es una iluminación adquirida mediante esfuerzo, un hábito, una posesión personal, un secreto interior (Loterero Orozco, 1998). Si reparamos con cuidado, vemos que esta idea tan importante se ha vuelto evanescente en nuestra época dada la enfermedad cultural que la caracteriza.



En nuestro tiempo, no puede pasarse por alto que tiende a considerarse bastante a la ligera, con un proceder *calamo currente*, que la ciencia y la religión no la van, que hasta son antagónicas. Botón de muestra, esto es algo que he podido apreciar a lo largo de los años en el seno de las universidades públicas colombianas. Ahora bien, un pensamiento como el del cardenal John Henry Newman es crucial para establecer que semejante consideración queda enquistada en un plano ideológico como el que más. César Nombela Cano, científico cristiano y quien fuese Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, lo afirma con rotundidad en su introducción a la obra del Cardenal dedicada a la universidad: “A estas alturas de la Historia podemos postular con claridad que el afán de saber, la formulación de preguntas sobre la realidad, son actitudes compatibles con una visión religiosa que propone el que también la indagación desde la Teología es una tarea universitaria” (Newman, 2014: 8). Si esto no se tiene claro, la universidad queda empobrecida en grado sumo. Ni se diga cuando hablamos de asuntos bioéticos.

Sin más ambages, remitámonos a algunos de los lúcidos textos del conspicuo Cardenal concebidos en la Irlanda de su tiempo. Del año 1855, tenemos su conferencia titulada *Cristianismo e investigación científica*, con la cual procuraba dejar establecido el innecesario antagonismo que ha solido existir entre los teólogos y los científicos en general, antagonismo que persiste en la actualidad a causa del desmedro de la formación humanista. En tal conferencia, el Cardenal decanta esta conclusión, la cual resume su punto de vista al respecto (Newman, 2014: 236-237):

... no debéis extrañaros al saber que existe, aquí y ahora, no una dificultad inexplicable, no una contradicción asombrosa, ni mucho menos una contradicción en cuanto a hechos reales, entre Revelación y Naturaleza, sino una complicación, una pequeña oscuridad, una divergencia de tendencias, un antagonismo temporal, una diferencia de tono entre la una y la otra; es decir, entre la opinión católica, por una parte, y la astronomía, la geología, la fisiología, la etnología, la economía política, la historia o las antiguas civilizaciones, por otra. [...] verdaderamente, caballeros, no me parece que esté haciendo una petición disparatada cuando, en nombre de la Universidad, pido a quienes

escriben sobre religión y a los juristas, economistas, fisiólogos, químicos, geólogos e historiadores que sigan tranquilamente y como buenos vecinos sus respectivos caminos de reflexión, investigación y experimentación, con una fe plena en la coherencia de aquella verdad multiforme que todos comparten, y con una confianza generosa en que, en última instancia, todos y cada uno serán coherentes en la suma de sus resultados, aunque pueda haber colisiones momentáneas, situaciones delicadas, miedo abundante ante problemas, profecías de conflictos y, en todo momento, cosas que extrañan a la *imaginación*, pero no, repito, a la *razón*.

Si reparamos bien en la esencia del método científico, no suena descabellada esta conclusión de Newman habida cuenta de que tal método tiene que ver con el tratamiento de las ideas científicas, no con la fuente de su origen. Esto es, no hay nada cuestionable en cuanto a que un científico afirme que tuvo cierta idea como fruto de alguna inspiración divina, puesto que lo que le dará a la idea de marras el carácter de científica es el tratamiento de ésta en consonancia con los principios de inteligibilidad, objetividad y dialéctico. En fin, es bueno tener esto claro, en especial para asuntos bioéticos dada su fuerte multidisciplinariedad, por ser un campo en el que no tiene nada de extraño la confluencia entre teólogos, filósofos, humanistas y científicos de diversas formaciones.

Además, en la misma conferencia, Newman precisó con claridad lo relativo a la seriedad y el rigor que deben caracterizar a los medios destinados a dar a conocer las investigaciones científicas, es decir, no son aconsejables los medios efímeros y de poco peso intelectual (Newman, 2014: 244-245). Esto es pertinente para nuestra época ante la marejada de sandeces que proliferan como verdolaga en playa en redes sociales de diverso jaez, pues, ni de lejos, los guarismos acerca de *likes* y otras bobadas afines resultan equiparables a criterios de verdad al no tener nada que ver con los tres principios señalados líneas más arriba.

En 1858, el querido Cardenal dio una conferencia que llevó el sugestivo título de *Disciplina intelectual*, que concibió pensando en las necesidades de Irlanda de cara a lograr un buen futuro. A la sazón, dicha tierra no contaba con medios materiales



adecuados y suficientes para ello. Empero, con todo, Newman, con evidentes optimismo y esperanza, consideraba que el cultivo prudente y diligente del intelecto es un medio principal para alcanzar tan deseado resultado (Newman, 2014: 256). En otras palabras, un país con una ciudadanía intelectualmente deficiente, como lo vemos en el mundo actual, carece de futuro promisorio. Más adelante en su conferencia, Newman señala lo siguiente: “Hay que distinguir con sumo cuidado, caballeros, entre la mera diversión del espíritu y su auténtica educación. [...] Una persona puede asistir a mil lecciones y leerse miles de libros, y al final no haber adelantado un solo paso en cuanto a conocimiento. Para que el conocimiento sea duradero hace falta algo más que simplemente *dejarlo entrar* en la mente de forma indolente. No hay que recibirlo pasivamente sino aceptarlo activa y realmente, abrazarlo, dominarlo. La mente tiene que salir al encuentro para recibir a medio camino lo que le viene de fuera” (Newman, 2014: 259-260). De nuevo, vemos aquí la pertinencia para nuestro tiempo con motivo de la enfermedad cultural que lo caracteriza, con su desmedro del conocimiento ante el existir. Pensemos tan sólo en la ilusoria ingenuidad de muchas personas, quienes creen que mirar unos cuantos videos en YouTube es sinónimo de conocimiento y experticia. En cuanto a esto, el insigne Cardenal supo decirlo con notable tino (Newman, 2014: 270-271):

Ésta es la estéril burla del conocimiento que procede de asistir a grandes lecciones, o del mero brujulear entre revistas, semanarios, periódicos y demás literatura del día que, por muy capaz y valiosa que sea en sí misma, no es el instrumento adecuado para la educación intelectual. Si ésta es toda la formación de una persona, lo más seguro es que cuando hayan pasado unos cuantos años sobre su cabeza y haya hablado y hablado, se canse de hablar, y de los temas de los que hablaba. Dejará de seguir aprendiendo y se olvidará de lo que sabía, sea lo que sea; y poniéndonos en lo mejor, su intelecto no se encontrará en condiciones muy distintas de las que estaba cuando comenzó a mejorarlo—eso esperaba; aunque, quizá, nunca pensó en otra cosa que en pasárselo bien—. Digo “poniéndonos en lo mejor”, porque quizá sufra de agotamiento y le empiecen a disgustar los temas que tanto le agradaban en el pasado; o quizá haya sufrido

verdaderos daños intelectuales; quizá se ha trastornado gravemente o ha admitido algún tinte de escepticismo del que nunca se podrá librar.

Sin duda, estas palabras de Newman parecen escritas para nuestro tiempo a causa de los males causados por las redes sociales y otros engendros de parecido jaez. De facto, lo dicho por Newman ya cuenta con nombre propio: efecto de Dunning-Kruger, esto es, el sesgo cognitivo por el cual las personas con baja habilidad en una tarea sobrestiman su habilidad. Por cierto, esto hace venir a la mente unas sabias palabras de Louis Pasteur: “Un poco de ciencia aleja de Dios, pero mucha ciencia devuelve a Él”. Por lo demás, estas palabras de Newman caen como golpes de mandoble sobre aquellas personas que despotrican de la disciplina, la ascesis, que requiere la educación virtual de hoy para arribar a buen puerto, por ejemplo, como cuando, en la plataforma Coursera de la Universidad de Stanford, aparecen comentarios tontos alegando que la lectura de buenos textos es terrible y fatigosa, y que es mucho más deseable, deleitable y “exitoso” ver vídeos. No obstante, si algo demuestra con creces la historia de la humanidad es el hecho que el conocimiento siempre ha implicado un esfuerzo arduo por parte del ser humano. Por así decirlo, resulta imposible conocer por medio de ósmosis.

En el mismo año de 1858, incluso en el mismo mes, noviembre, el Cardenal dio otra conferencia dirigida a los estudiantes de medicina. Su título: *Cristianismo y ciencia médica*. Conviene destacar que todavía faltaba más de un siglo para que entrará en escena la actual Bioética merced a los escritos fundacionales de Van Rensselaer Potter. Pues bien, a poco de comenzar su conferencia, Newman dijo las siguientes palabras, de marcado semblante bioético: “Toda profesión tiene sus peligros; toda verdad general, sus falacias; y todo ámbito de acción, límites que se prestan a ser ampliados o alterados indebidamente” (Newman, 2014: 276-277)<sup>3</sup>. No mucho después, añadía: “Y ahora explicaré cómo se aplica esto a la profesión médica, y cuál es el peligro particular que entraña en relación con la Catolicidad” (Newman, 2014: 278).

---

<sup>3</sup> En lo relativo a estas palabras del cardenal John Henry Newman, he corregido su puntuación, aunque sin alterar en modo alguno su sentido.



Al comenzar a desarrollar esta cuestión, el Cardenal lo decía en los siguientes términos (Newman, 2014: 279-280):

Aquí llegamos a lo que considero la tentación y el peligro particular a que está expuesta la profesión médica. Se trata de un cierto sofisma del intelecto fundado en la siguiente máxima, insinuada, pero no enunciada, y ni siquiera admitida: “Lo que es verdadero es lícito”. Y no es así. Observad—aquí está la falacia— que lo que es verdadero en una ciencia nos es dictado efectivamente según esa ciencia, pero no según otra, o en otra categoría. Lo que es cierto en las artes de la guerra tiene fuerza en el arte de la guerra, pero no en el arte del gobierno. Y si el arte del gobierno es una categoría de acción superior a la guerra, y demanda lo contrario, lo militar no puede reclamar nuestro consentimiento y nuestra obediencia. Así, lo que es verdad en la ciencia médica podría llevarse a cabo en todos los casos si el hombre *fuera* un mero animal o un bruto sin alma. Pero, puesto que es un ser racional y responsable, algo puede ser totalmente verdadero en el campo de la medicina y, sin embargo, ser ilícito porque la ley superior de la Moral y la Religión ha llegado a una conclusión distinta.

Si nos fijamos con suma atención en esta declaración de Newman, estamos ante una anticipación notable de un principio usual en la Bioética actual, a saber: “No todo lo que es tecnocientíficamente posible es éticamente admisible”. En otras palabras, es lo que también suele expresarse en unos términos que se han vuelto bastante familiares gracias a las películas sobre *El hombre araña*: “Todo gran poder requiere una gran responsabilidad”. En este punto, no puedo evitar la fascinación que me produce el pensamiento del querido Cardenal cada vez que brinda una anticipación de ciertas ideas de la actual Bioética. Por lo demás, con el fin de aclarar mejor lo que decía al respecto, Newman brinda unos cuantos ejemplos. He elegido el siguiente (Newman, 2014: 281-282):

Tomemos otro ejemplo que con frecuencia suscitará, según las circunstancias, grandes diferencias de opinión entre personas auténticamente religiosas, sin que por esto deje de ilustrarse la idea en la que estoy insistiendo. Un paciente se

está muriendo. El sacerdote desea estar presente para que no muera sin la debida preparación; pero el médico dice que pensar en la religión le producirá inquietud y pondrá en peligro su recuperación. Pues bien, en cada caso en particular, el uno o el otro podrían tener razón al intentar hacer prevalecer su opinión sobre lo que debe hacerse. Lo que pretendo es dirigir vuestra atención hacia el *principio* en cuestión. He aquí los representantes de dos grandes ciencias, la Religión y la Medicina. Cada uno expone lo que es verdad en su propia ciencia, y cada uno pensará que tiene derecho a asegurar que su verdad es la que se debe poner en práctica. Pero, resulta que una de las ciencias es superior a la otra, y que la finalidad de la Religión es infinitamente superior a la de la Medicina. Y tómesese la decisión que se tome en el caso particular, sobre si se debe introducir el tema de la religión o no, creo que esa decisión la debe tomar el sacerdote; de la misma forma en que debe ser el Gobernador General quien toma la última decisión y no el comandante en jefe— cuando hay un conflicto entre la política y la estrategia.

Desde luego, un ejemplo como éste, al igual que otros por el estilo, sugieren un rasgo que es típico de la Bioética de hoy: su método de trabajo multidisciplinar. Al fin y al cabo, los problemas de los que se ocupa la Bioética son complejos como los que más, por lo que un enfoque reduccionista resulta en externo inadecuado para ocuparse de problemas derivados del uso irresponsable del enorme poder que la tecnociencia le otorga a los seres humanos, problemas caracterizados por su gran escala tanto espacial como temporal, o sea, problemas que afectan a la vida en las antípodas del origen respectivo y a las generaciones que aún no han nacido. Y vaya que Newman fue consciente de los peligros inherentes a un proceder reduccionista: “En Inglaterra he visto a ilustres médicos dando los más detestables consejos a jóvenes, como consecuencia de esta visión reduccionista del hombre y su destino” (Newman, 2014: 283).

Por ende, un buen médico, como, por el estilo, en otras disciplinas y profesiones, ha de poseer una visión amplia y una capacidad para el quehacer multidisciplinar. En esta perspectiva, según señala Gildardo Lotero (1998), con el término de “intelecto cultivado”, Newman se refiere al desarrollo de la capacidad de síntesis y de



profundización que la educación universitaria ha de propiciar de cara a la visión general de las cosas, no a la mera erudición, saber pormenorizado e inerte basado en la simple acumulación de conocimientos. Al fin y al cabo, como bien lo decía el ilustre jesuita Baltasar Gracián y Morales: “Ciencia sin seso, locura doble”. Por desgracia, la crisis educativa de nuestro tiempo, que es parte de la crisis ética propia de la enfermedad cultural, cuenta entre sus características con la evanescencia insensata del pensamiento crítico, que es el que implica la puesta en práctica de operaciones mentales como las de análisis y síntesis, entre otras. Recordemos que, desde el año 2004, se ha detectado una merma de la capacidad intelectual de las generaciones más jóvenes. En fin, se diría que la universidad de hoy ha desdibujado el fin señalado por John Henry Newman, a saber: “La formación universitaria persigue un fin muy importante, pero, a la vez, muy elemental: elevar la capacidad y el nivel intelectual de la sociedad, cultivando la mente de los asociados, purificando el gusto nacional, suministrando verdaderos principios al entusiasmo popular y fijándole metas a sus aspiraciones, dotando de sobriedad y de amplitud a las ideas de una generación, facilitando el ejercicio del poder político, y refinando la vida privada” (Loterio, 1998). Esto suena por el estilo de la atinada definición de universidad brindada por José Ortega y Gasset: la inteligencia como institución.

### **Un modelo actual de incredulidad: El auge de los relativismos**

Otra de las notables conferencias de Newman, dada en 1854, estuvo dedicada al auge de la incredulidad en su tiempo, una problemática exacerbada en la actualidad en grado sumo. El título correspondiente: *Un modelo actual de incredulidad*. En lo esencial, se ocupa ahí de una estrategia de su tiempo concebida para hacerle competencia a la Teología de manera soterrada, sin oponérsele de forma directa, cara a cara, sino mediante la introducción de otros estudios, en otras universidades e instituciones, los que, además del encanto añadido de la novedad, ofrezcan un interés, una riqueza y un valor práctico más elevado que ella (Newman, 2014: 171). En otras palabras, la estrategia de marras era hacerse con tales estudios, apropiarse de ellos,

monopolizarlos y no dejar entrar ahí a los partidarios de la Religión. Con esta estrategia, se da por sentado que la Religión no tiene nada que ver con los estudios aludidos, ni éstos con aquella. Ahora bien, los estudios en cuestión no eran otra cosa que el diapasón variopinto de las ciencias experimentales.

Cosa bien curiosa, no deja de ser llamativa, por lo pésima, dicha estrategia de los enemigos de la Religión por entonces, ya que, en sentido estricto, se sabe que la ciencia tiene tres raíces, a saber: el monoteísmo judeocristiano, las artes de la argumentación aportadas por los antiguos griegos y los instrumentos brindados por los gremios de artesanos medievales. En particular, el monoteísmo judeocristiano, más allá de haber sido una revolución religiosa, fue una revolución del pensamiento habida cuenta de que implicó el paso hacia una forma de entender el universo como sistema, como un todo compuesto por partes que interactúan entre sí. Así las cosas, carece de todo sentido oponer las ciencias experimentales a la Religión, pues, sería como oponer a una componente del método científico contra sí mismo. En la actualidad, esta estrategia, que no ha desaparecido, es todavía más absurda a la luz de las investigaciones de las últimas décadas en lo relativo a la historia de la ciencia, como, por ejemplo, lo que sucedió durante el reinado del faraón Akenatón, quien fue justo el inventor del monoteísmo.

En todo caso, cuando puso tal estrategia en evidencia, Newman no albergaba ninguna falta de respeto hacia las ciencias. Propiamente, él arremetía lanza en ristre contra el monopolio que otros, los anticatólicos de aquellos días, pretendían ejercer sobre ellas. En palabras de Newman: “Y desde luego no es una acusación injusta decir que las ciencias, como todo don divino, pueden usarse para fines malos con los que no tienen ninguna relación natural y para los que nunca fueron creadas” (Newman, 2014: 172). En suma, el Cardenal deseaba que los estudios de todo tipo tuviesen su aplicación legítima.

En estos tiempos oscurantistas que corren, de franca enfermedad cultural, la ilegitimidad en el uso de las ciencias tiene como su expresión más dañina los relativismos, tanto los epistemológicos como los axiológicos. Es justo lo que se conoce como la ideología postmoderna, también denominada la lógica cultural del capitalismo



tardío, auténtico calambre mental que le ha dado ciertas alas a la izquierda y sus aliados para arremeter contra la línea de flotación del modo científico de entender el mundo, del pensamiento crítico. Por supuesto, estamos ante una izquierda extraviada que ama tanto el dinero como el poder.

Inevitablemente, con esta postura asumida por Newman, debía quedar incluida una crítica acerada contra los males propios de la especialización, que el buen Cardenal plasmó como sigue (Newman, 2014: 174-175):

Cualquier estudio, del tipo que sea, si se dedica uno a él de manera exclusiva, mata en la mente el interés, o más bien, la capacidad de percepción de cualquier otro estudio. [...] Difícilmente, se puede convencer a la gente para que hable de otra cosa que no sea lo suyo; hacen girar el universo mundo en torno a *su* tema y todo lo miden por la regla de *sus* intereses, como el pescador de la obra de teatro que alababa a su señor diciendo “¡Era tan aficionado a la pesca!”. [...] De igual manera está claro que la tendencia de la ciencia es a hacer a los hombres indiferentes o escépticos por el mero hecho de cultivarla en exclusiva. Así pues, a esta corriente de que estoy hablando, que entiende esto muy bien, no le importará que haya todo tipo de discusiones en las escuelas teológicas todos los días del año, siempre que logren mantener bien lejos de ellas a los estudiantes de ciencias.

A propósito de esto, salta de inmediato a la vista que, si nos ubicamos en el tiempo actual, la crítica de Newman al conocimiento especializado permanece incólume y enhiesta, sobre todo cuando de ocuparse de cuestiones bioéticas se trata. Al fin y al cabo, la Bioética es la más interdisciplinar de las ciencias. Precisamente, los problemas de hoy están íntimamente relacionados con una forma torpe de abordarlos de marcado semblante especialista, de obsecuencia con el síndrome del caballo cochero: el cambio climático, la contaminación, la crisis económica, las pandemias, etcétera. Además, esta crítica del brillante Cardenal mantiene su frescura de cara a la problemática educativa de nuestro tiempo, con unas jóvenes generaciones que adolecen de una merma ostensible de sus capacidades intelectuales y cuya mayor

ambición estriba, por así decirlo, en llegar a ser vulgares *influencers*. Es decir, el mundo actual ha perdido de vista que el verdadero conocimiento va de la mano con el duro esfuerzo personal si de adquirirlo y crecer como personas se trata. En cambio, proliferan como verdolaga en playa los fetiches políticos de diverso jaez, hilarantes a más no poder al ir de la mano con una “cultura” de la diversión.

En este panorama de lo más dantesco, resulta saludable la idea planteada por Morris Berman (2011) a propósito de la creación de zonas de inteligencia, todo un contraveneno para procurar neutralizar los males propios del presente período de oscurantismo en el que estamos inmersos. A su manera, el cardenal John Henry Newman, con su lúcido pensamiento, iba justo en esta dirección en pleno siglo XIX. Y, claro está, una zona de inteligencia por excelencia, si se la concibe a la manera de Newman, es la institución universitaria. Empero, la universidad de este tiempo dista en mucho de parecerse a la idea de universidad formulada por el insigne Cardenal. Así mismo, el concepto de zona de inteligencia no tiene nada que ver con la izquierda postmoderna de hoy, tan enemistada con el modo científico de entender la realidad.

Por su parte, en su ensayo intitulado *Las exequias de la universidad*, Jorge Eliécer Ruiz (1987: 142-147), aclara que la institución universitaria, antes que ser el producto de una época histórica determinada, la Edad Media, lo es de un determinado sistema de relaciones sociales, el feudalismo. Por ende, en este siglo XXI en el que estamos, las universidades mantienen su semblante feudal, manifiesto sobre todo en sus jerarquías, incluso más que en las instituciones castrenses. Más aún, este autor deja así mismo claro que la universidad fue ecuménica, o sea, universal y, por ende, verdadera universidad, mientras que las condiciones políticas de la sociedad de entonces no cristalizaron en una forma moderna de Estado. Así las cosas, estas precisiones de Jorge Eliécer Ruiz hacen caer en la cuenta de que en nuestros días, dado que el Estado está invadido por la ideología postmoderna, resulta inevitable que las universidades también. Y, ante todo, la ideología de marras es anticientífica como la que más, no favorece el desarrollo de zonas de inteligencia, salvo por las perspicaces iniciativas independientes y alternativas de algunos universitarios.



De esta suerte, en dicho ensayo, al final de éste, se plantea una sugestiva pregunta que contiene un fuerte trasfondo ético, a saber: ¿Qué necesitan el hombre y la sociedad actual para conservar el acervo de sus conocimientos, para transmitirlos, para crear nuevos saberes, para que resurja un nuevo humanismo sin desconocer las condiciones materiales que hemos alcanzado? Esto significa que una pregunta como qué necesita la universidad se ha quedado corta habida cuenta de que los escenarios de evolución del conocimiento hace mucho tiempo que desbordaron la linde universitaria. Ni se diga en la actualidad con motivo de la crisis educativa de alcance mundial. En su libro ya mencionado, *Generación idiota*, Agustín Laje insiste en que la solución no radica en las instituciones educativas de siempre, sino en lo que él denomina como educación radical, la cual implica recuperar la cultura del libro y las disciplina intelectual concomitante a la par que la autoridad de los profesores y el modo científico de entender la realidad.

Por desgracia, estimo que es más fácil enunciar la necesidad de dar el paso hacia una, sin duda, indispensable educación radical que su puesta en práctica. Pensemos en cifras concretas. Para muestra un botón, en el caso de Colombia, se está ante 3,5 millones de jóvenes afectados e infectados por la ideología de la izquierda postmoderna, jóvenes, por supuesto, que adolecen de la respectiva merma de sus capacidades intelectuales, salvo por un porcentaje no muy alto de ellos que constituyen la excepción a la regla. Así las cosas, considerando que, en muchos otros países, se tienen guarismos con órdenes de magnitud por el estilo, cabe afirmar que las sociedades están ante un problema de grandes proporciones: ¿Qué hacer con dicha juventud caracterizada por un hándicap intelectual y educativo de lo más ominoso? ¿Poner a estos millones y millones de jóvenes a barrer las calles de los pueblos y ciudades, amén de recoger las cosechas en los campos? Para colmo, es una juventud que, a mi juicio, se comporta como un enfermo que no desea curarse, dado que no admite que sus facultades intelectuales están mermadas frente a las generaciones que las han precedido. En un libro reciente, Jonathan Haidt y Greg Lukianoff (2021), al analizar lo que ha venido sucediendo en las universidades norteamericanas desde hace diez o quince años, muestran que los estudiantes correspondientes no han sabido

apreciar y valorar los esfuerzos hechos por sus profesores con el fin de mejorar su desempeño intelectual y moral. De facto, a raíz de esto, el imperio estadounidense está en un franco colapso. Desde luego, algo parecido cabe aseverar para otras regiones del mundo, incluida Latinoamérica. A todas luces, estamos sumidos en una era oscurantista como la que más.

Para mayor ironía, lo diagnosticado por Agustín Laje no es una problemática precisamente nueva, puesto que, un siglo atrás, José Ortega y Gasset ya se había referido a la misma en obras como *La rebelión de las masas* y *Misión de la universidad*. De similar manera, en obras posteriores, vemos abordajes lúcidos y pertinentes en autores como Charles Percy Snow (2013), Santiago Ramón y Cajal (2017), Gregorio Marañón (1956), Jeremy Rifkin (1990, 2011), Nicholas Carr (2011), Vicente Romano García (2004), Ignacio Ramonet (2012a, 2012b), Giovanni Sartori (1998), Martha Nussbaum (2011), Nuccio Ordine (2014, 2017), Carlos París (2012), Iván Illich (2006, 2008), Carl Sagan (1997), José Sánchez Tortosa (2008, 2018), Michel Desmurget (2020), seguidos de un largo etcétera, tan largo como se desee. Esto es, durante décadas y décadas, no han faltado en el mundo intelectuales lúcidos que han alertado al respecto, aunque, lamentablemente, no ha solido prestárseles la debida atención. A este respecto, en la historia latinoamericana, cabe destacar que muchos de sus ensayistas apuntaron en direcciones como ésta, pero no sólo se hizo caso omiso de sus agudos análisis y conclusiones, sino que, para colmo, tuvieron que sufrir persecuciones. En suma, como señala con tino Marcelino Cereijido (Cereijido y Reinking, 2004), los hispanos carecen de ciencia, y así la tuvieran, no sabrían qué rayos hacer con ella. Sin la menor duda, esto implica toda una crisis ética y bioética, pues, para abordar y manejar con propiedad la Bioética es menester comprender la cultura de la ciencia, el modo científico de entender la realidad, en perspectiva convivencial, integral y holística, lo cual exige una elevada estatura intelectual. Sólo así la Bioética puede ser, según la define con elocuencia José Luis del Barco Collazos, la fámula solícita de la naturaleza en apuros, definición que le escuché hace ya años en un curso dado por él en la sede Medellín de la Universidad Pontificia Bolivariana. En fin, la Bioética no es para tontos.



A estas alturas, estimo que resulta de lo más diáfano apreciar porque las ideas del brillante cardenal John Henry Newman, delineadas con sumo cuidado en la Irlanda del siglo XIX, permanecen incólumes y enhiestas en este siglo distópico XXI en el que estamos, máxime porque él supo ver que la ampliación de la racionalidad científica no riñe con la aceptación de la apertura a una verdad superior. Carece de sentido plantear la existencia de inconmensurabilidad alguna entre ciencia y religión, algo que resulta todavía más comprensible gracias a lo que dice el mitógrafo estadounidense Joseph Campbell (2019: 24):

Hemos visto lo que ha sucedido, por ejemplo, con las comunidades primitivas desequilibradas por la civilización del hombre blanco. Al desacreditar sus viejos tabúes, se han venido abajo, se han desintegrado y convertido en caldo de cultivo del vicio y la enfermedad.

Actualmente, nos ocurre lo mismo a nosotros. Con nuestros viejos tabúes fundamentados en la mitología desestabilizados por nuestra propia ciencia moderna, en todo el mundo civilizado puede observarse una rápida y creciente incidencia del vicio y el crimen, de los trastornos mentales, suicidios, adicciones a las drogas, hogares destrozados, niños insolentes, violencia, asesinatos y desesperación. Son hechos, no me los invento. Todo ello da pie a las llamadas de los predicadores al arrepentimiento, la conversión y el regreso a la vieja religión. También representan un desafío para el educador moderno con respeto por su propia fe y lealtad fundamental. ¿Va el profesor concienciado –preocupado tanto por el carácter moral como por el aprendizaje de sus estudiantes a ser leal en primer lugar a los mitos que sostiene nuestra civilización o a los hechos “demostrados” de la ciencia? ¿Están ambos conceptos contrapuestos? ¿O bien existen algunos puntos de conocimiento más allá de los conflictos entre ilusión y verdad a través de los que las vidas puedan volver a ser unificadas?

Como puede apreciarse, Campbell, en el fondo, no está diciendo nada nuevo, nada que el cardenal John Henry Newman no hubiese avizorado con agudeza en el siglo XIX. De este modo, páginas más adelante, Campbell (2019: 35) desemboca con tino en lo

siguiente: “Vivimos tiempos difíciles, y todo lo que nos defienda del manicomio puede aceptarse como suficientemente bueno, para aquellos que carecen de nervio”. Dicho de otra forma, lo que puede salvar del manicomio al grueso de las sociedades hoy, idiotizadas según se ha visto antes, es la recuperación de una educación radical, antagónica en cualquier caso frente a la educación basura de estos días. Y, sin ir más lejos, una educación radical va de la mano con la idea de universidad del ilustre cardenal John Henry Newman. Por ende, brinda las bases necesarias para razonar y actuar éticamente hablando, pues, al fin y al cabo, el individuo ético por excelencia es el individuo autónomo. Los sujetos heterónomos no están en posición de razonar y actuar de manera ética, ni se diga en lo relativo a problemas derivados del mal manejo de la tecnociencia dada su inevitable complejidad e interdisciplinariedad. Entretanto, mientras no tenga lugar el paso decidido hacia una educación radical, la humanidad seguirá escindida en dos, a saber: una masa de individuos hipermasificados, heterónomos y con dotes intelectuales menoscabadas, ya vaticinados por escritores de ciencia ficción como Ray Bradbury y Walter M. Miller, que denominaban con términos como “los simples” y otros de similar jaez; y un sector, más bien selecto, de individuos que han procurado no descuidar lo mejor de la ciencia y la cultura, una verdadera élite intelectual que es el sustrato básico para procurar fomentar las zonas de inteligencia que tanto se necesitan hoy por hoy.

## **Conclusiones**

Todo lo dicho deja muy en claro que, como parte de la presente crisis civilizatoria, hay una enfermedad cultural que crece y crece, con antecedentes de vieja data según quedó visto gracias a Johan Huizinga. En la actualidad, la enfermedad de marras tiene su expresión en la denominación de “generación idiota” introducida por el filósofo argentino Agustín Laje, si bien es un diagnóstico establecido desde mucho antes por otros autores, lo que incluye a José Ortega y Gasset. En estas circunstancias distópicas, el pensamiento de John Henry Newman mantiene su vigencia cual luz en la oscuridad que nos rodea, sobre todo por el hecho que la institución universitaria de hoy dista en mucho de parecerse a la idea de universidad de Newman en tanto algo general y total,



un lugar de la enseñanza del conocimiento universal, lo cual excluye en consecuencia las rivalidades desaconsejables entre ciencia y religión. Y tal idea es bastante relevante por cuanto los escenarios de la evolución del conocimiento hace mucho tiempo que desbordaron la linde universitaria, lo cual le otorga mayor peso a la idea de educación radical planteada por Laje cual contraveneno para combatir la crisis civilizatoria de hoy y el oscurantismo ominoso que le es concomitante.

## **Fuentes**

BERMAN, Morris. (2011). *El crepúsculo de la cultura americana*. México: Sexto Piso.

CAMPBELL, Joseph. (2019). *Los mitos: Su impacto en el mundo actual*. Barcelona: Kairós.

CARR, Nicholas. (2011). *Superficiales: ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Bogotá: Taurus.

CEREIJIDO, Marcelino y REINKING, Laura. (2004). *La ignorancia debida*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

DESMURGET, Michel. (2020). *La fábrica de cretinos digitales: Los peligros de las pantallas para nuestros hijos*. Madrid: Ediciones Península.

HAI DT, Jonathan y LUKIANOFF, Greg. (2021). *La transformación de la mente moderna: Cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso*. Bogotá: Ariel.

HUIZINGA, Johan. (2007). *Entre las sombras del mañana: Diagnóstico de la enfermedad cultural de nuestro tiempo*. Barcelona: Ediciones Península.

ILLICH, Iván. (2006). *Obras reunidas: Volumen I*. México: Fondo de Cultura Económica.

ILLICH, Iván. (2008). *Obras reunidas: Volumen II*. México: Fondo de Cultura Económica.

KANT, Immanuel. (1784). *¿Qué es la Ilustración?* Recuperado de <file:///C:/Users/cesie/Downloads/Dialnet-QueEsLallustracion-3171408.pdf>.

LAJE ARRIGONI, Agustín. (2023). *Generación idiota: Una crítica al adolescentrismo*. México: Harper Collins.

LOTERO OROZCO, Gildardo. (1998). *Conocimiento, universidad y catolicidad: El pensamiento universitario del cardenal John Henry Newman*. En: *Revista Universidad Pontificia Bolivariana*, Vol. 47, N° 144, pp. 9-15.

MARAÑÓN Y POSADILLO, Gregorio. (1956). *Vocación y ética*. Madrid: Espasa-Calpe.

NEWMAN, John Henry. (2014). *La idea de la universidad: II. Temas universitarios tratados en lecciones y ensayos ocasionales*. Madrid: Ediciones Encuentro.

NUSSBAUM, Martha C. (2011). *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Bogotá: Katz Editores.

ORDINE, Nuccio. (2014). *La utilidad de lo inútil: Manifiesto*. Barcelona: Acantilado.

ORDINE, Nuccio. (2017). *Clásicos para la vida: Una pequeña biblioteca ideal*. Barcelona: Acantilado.

PARÍS, Carlos. (2012). *Ética radical: Los abismos de la actual civilización*. Madrid: Editorial Tecnos.

RAMÓN Y CAJAL, Santiago. (2017). *Los tónicos de la voluntad: Reglas y consejos sobre investigación científica*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

RAMONET, Ignacio. (2012a). *La crisis del siglo*. Bogotá: Le Monde diplomatique.

RAMONET, Ignacio. (2012b). *La explosión del periodismo: Internet pone en jaque a los medios tradicionales*. Bogotá: Le Monde diplomatique.

RIFKIN, Jeremy y HOWARD, Ted. (1990). *Entropía: Hacia el mundo invernadero*. Barcelona: Ediciones Urano.

RIFKIN, Jeremy. (2011). *La Tercera Revolución Industrial: Cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*. Barcelona: Paidós.

ROMANO GARCÍA, Vicente. (2004). *La formación de la mentalidad sumisa*. Barcelona: Editorial El Viejo Topo.

RUIZ, Jorge Eliécer. (1987). *Sociedad y cultura*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

SAGAN, Carl. (1997). *El mundo y sus demonios: la ciencia como una luz en la oscuridad*. Bogotá: Planeta.



SÁNCHEZ TORTOSA, José. (2008). *El profesor en la trinchera: La tiranía de los alumnos, la frustración de los profesores y la guerra en las aulas*. Madrid: La Esfera de los Libros.

SÁNCHEZ TORTOSA, José. (2018). *El culto pedagógico: Crítica del populismo educativo*. Madrid: Akal.

SARTORI, Giovanni. (1998). *Homo videns: La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.

SNOW, Charles Percy y LEAVIS, Frank Raymond. (2013). *Las dos culturas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.